

diata del hambre y del amor. Se relaciona muy poco con el hambre, mucho con el amor, *indirectamente*, y *directamente* mucho más con la aspiración hacia un eterno perfeccionamiento, el sentimiento humano por excelencia.

CAPÍTULO XIX

Recíprocas relaciones de la Verdad, Bondad y Belleza.

La bondad y la belleza son dos abstracciones inventadas por la aspirabilidad humana.—Es decir, el hombre ha inventado la bondad y la belleza para perfeccionarse, en su impulso íntimo de perfeccionarse ilimitadamente... Como la verdad, la bondad y la belleza son dos exteriorizaciones inmediatas de la aspirabilidad humana, su última objetivación, su objetivación resultante es el progreso.

Ahora bien, si verdad, bondad y belleza son invenciones de la aspirabilidad humana, ¿en qué se diferencian entre sí? El vulgo no confunde jamás las condiciones de verdadero, bueno y bello; siempre sabe distinguir, y dice: «Esto es verdadero; aquéllo es bueno; aquéllo otro es bello».

La verdad es *la condición general de realidad*, de efectividad en lo físico; en lo moral, de sinceridad. La verdad moral absoluta es un derivado de la verdad física; pero si la verdad física es invariable, la verdad moral, como hemos visto, es variable. Luego si la verdad física puede ser absoluta, la moral no puede serlo sino en relación al sujeto, al medio y á la época.

En cambio, si la verdad es *la condición general de realidad*, aplicable al placer y al dolor, la bondad y la belleza son *cualidades especiales que provocan placer*. He ahí la diferencia entre la verdad y la bondad y la belleza.

Pero la bondad y la belleza, aunque en su esencia genética sean un solo y mismo resultado de la aspirabilidad humana, una cualidad especial que la aspirabilidad humana presta á todo aquello que la satisface, en la práctica diaria se presentan como dos cualidades *distintas*. El público no se equivoca cuando dice: «Esto es bueno y aquéllo es bello.»

Diferenciar filosóficamente lo bueno de lo bello, no es fácil, por cuanto, como lo enseña la ética griega, *todo lo bueno tiende á parecernos bello, y todo lo bello á parecernos bueno*.

Sin embargo, á pesar del origen común, debe existir una diferencia *radical* entre lo uno y lo otro.—La teología separó la bondad de la belleza, á lo menos de la belleza física, porque consideraba á ésta una cualidad *concupiscente*, es decir, *relativa á la sexualidad*. En este distingo hallo la base para deslindar lo bueno de lo bello, en la siguiente fórmula: Lo bueno tiende á producir el placer, y por ende, el perfeccionamiento, el incremento de las actividades vitales, *de los hombres en su estado actual, del presente*; lo bello, el perfeccionamiento de la raza, ó sea, *de los hombres del fu-*

turo. Lo bueno se refiere al *instinto de conservación* y la aspiración de progreso *actual*; lo bello, al *instinto sexual* y la aspiración de progreso en la raza. Lo bueno es la sociabilidad, es la depuración, es la moral, es todo aquello que encarrila directamente la acción de los hombres hacia el progreso; lo bello es la plasticidad, es la armonía de las formas y los conceptos, es todo aquello que encarrila *indirectamente* la voluntad de los hombres hacia un perfeccionamiento de estirpe. Pero no debe de esto deducirse que sólo conceptúo bello lo que tiende al perfeccionamiento físico de la raza, sino también lo que lleva, por la herencia psicológica, al perfeccionamiento psíquico. Sin la bondad, no es posible la sociabilidad, que produce el progreso por la división del trabajo de fuerzas colectivas; sin la belleza, no es posible la afinidad electiva, física y moral.

Las ciencias físico-naturales modernas corroboran esta doctrina, cuyo origen, para la bondad, se halla expuesto categóricamente, por Sócrates, en Platón; para la belleza, en Darwin. Lo cual no impide que sobre uno y otro concepto se hayan emitido, antes y después, teorías más ó menos aceptables y más ó menos semejantes. La que hallo más notable es la de Schelling, sobre el arte.

He expuesto ya cómo un instinto utilitarista

ó un utilitarismo instintivo, forma nuestros conceptos del bien y del mal, para la sociabilidad y el progreso. Correspóndeme ahora demostrar cómo ese mismo instinto-utilitarismo genera nuestros conceptos de lo bueno y lo bello para el perfeccionamiento de la raza.

Basta insinuar la verdadera naturaleza de lo bueno y lo bello para comprender que los animales, especialmente los superiores, no pueden carecer de una noción, más ó menos rudimentaria, de lo uno y lo otro, como que todo lo humano se halla en germen en las bestias. Sentimientos semejantes á lo que llamamos bondad los hombres deben existir en animales que no se devoran entre su propia especie, que cumplen con los deberes de la familia, y, á veces, hasta de la sociabilidad. La belleza física puede llegar hasta encender sus pasiones en la época del celo. Pero el incipientísimo concepto animal de lo bueno y de lo bello no es sino una ínfima parodia del humano; porque le falta la fuerza que lo levanta, que lo depura, que lo concreta, que lo desarrolla *hasta la concepción de lo infinito*: la aspirabilidad. El hombre concibe el progreso de la bondad y de la belleza hasta el infinito; la bestia no concibe ese progreso en la exteriorización de su instinto de conservación (bondad animal), y de su instinto genésico (belleza animal). La bondad no llega más que hasta la conservación del individuo; la

belleza, hasta la conservación de la estirpe. Les falta el Más-allá, que hace de la bondad humana la aspiración infinita de todas las religiones, y de la belleza, la aspiración infinita de todas las artes. «Ser perfectos», como dice Jesús en el evangelio de San Mateo, es llegar, en bondad, hasta lo infinito. Según Schelling, la belleza es «la percepción de lo infinito en lo finito».

Goethe ha hallado un término exacto para expresar la inclinación de un individuo de un sexo á otro determinado del opuesto, ó sea, la elección del amor: *afinidad electiva*. Shopenhauer, empíricamente, guiado por aserciones de biología, reduce á dos las leyes de la afinidad electiva: 1.^a, la inclinación amorosa responde al ideal de un tipo medio de raza, de manera que, complementándose los rasgos del uno con los del otro esposo, tiendan ambos, buscándose los extremos, á producir, en la prole, por el fenómeno de la herencia, ese tipo medio; 2.^a, la atracción es tanto mayor cuanto más cerca se hallen las personas del momento de mayor potencia reproductiva.

Indiscutiblemente en la primera ley hay algo de verdad, y la segunda es absolutamente exacta. El principio psicológico es el siguiente:

Cada cual se forja un tipo ideal de la especie, y en sus pasiones amorosas tienden instintivamente á hallar un individuo del sexo opuesto,

con el cual, amalgamando la herencia las condiciones de ambos, pueda procrear una prole que refleje su tipo ideal.

Las leyes de la afinidad electiva podrían entonces enunciarse así, en referencia á ese principio:

1.^a Las buenas cualidades tienden á acentuarse buscando semejanzas.

2.^a Las malas cualidades tienden á disminuirse buscando rasgos opuestos ó contrastes.

3.^a La atracción sexual de un individuo es, en cómputo general, y buscando un término medio de afinidades, tanto mayor cuanto más se acerque al tipo ideal de la especie.

4.^a La atracción sexual de un individuo es tanto mayor cuanto más cerca se halle de la época de su vida en que posea una mayor potencia reproductiva.

CAPÍTULO XX

El progreso por la Educación.

Obedeciendo á *ley de aspirabilidad* humana, cuya exteriorización es el progreso moral y material de las sociedades, el fin de todas las especulaciones del humanista se reduce á «mejorar al hombre». En virtud de esta misma ley, que se ha llamado de «innovación», de «protesta», de «rebelión», de «reacción por contrastes», cada humanista trascendente se forja *su* Cosmos; y con materiales viejos y conocidos construye y adapta á sí mismo y á su medio ambiente un sistema relativamente nuevo y personal. La potencia del humanista está, puede decirse, en relación con su *originalidad concordante* respecto á su raza, y, si no con los tiempos presentes, con los inmediatamente venideros. Una *originalidad discordante* no puede ser nunca espontánea ni eficaz, es decir, *verdadera*... Casi siempre, como el hombre no puede abstenerse de su patria y su herencia psicológica, es *degenerativa*, y se presenta en forma atávica ó anacrónica. Sólo quien sabe compendiar, encarnar é *intensificar* sentimientos de reacción que flotan en el aire, que palpitan en la subconciencia-subvoluntad de todos, aunque no hayan

traspuesto todavía el «umbral» de la conciencia-voluntad, es sincero, es eficaz, predica la Verdad. Sólo su «originalidad concordante» puede ser robusta é imperativa; la «originalidad discordante» no es más que divagación, debilidad y retroceso.

Entre la originalidad suma del regenerador, el héroe, el hombre de genio, y la vulgaridad del rebaño de Panurgo, cabe toda una serie de *originalidades relativas*, que pertenecen á humanistas más ó menos anónimos, más ó menos trascendentes... Todos ellos forman una columna humana que se levanta del suelo, como la que construyen los acróbatas en los circos, los pies de los unos sobre los hombros de los otros; sólo que, en vez de hallarse, como en éstos, los más fuertes más abajo, á la inversa, en la región de las ideas, quien más alto sube es quien más puede... Y «no podemos ver muy lejos sin subirnos á los hombros de los demás». El poderse subir depende del trabajo y singularmente de la potencia intelectual; el mejor síntoma de la potencia intelectual, del poder de progreso de un individuo selecto, es lo que llamo su «originalidad concordante». Por esto es muy acertado el sistema de admisión de los profesores universitarios alemanes, á quienes se les exige, más que conocimientos memoristas sobre un ramo determinado, una «obra original», más ó menos «original», se entiende... Por ello las

Universidades alemanas son las mejores palancas del progreso nacional.

Pero, ¿cuál es hoy la *mejor forma de expresión* del Cosmos original de cada humanista? ¿Cuál el mejor *campo de aplicación* de las nuevas especulaciones humanistas?...

En los tiempos teocráticos de Budha y Zoroastro, en los que el hombre antiguo era propenso á creer infaltilmente en lo sobrenatural, el humanista-taumaturgo, el omnipotente, condensaba su Cosmos en innovaciones religiosas. En los áticos tiempos de Aristóteles y Platón, en los que el hombre, pasada la infancia entraba á la edad del amor y admiraba ante todo la armonía de las formas, el humanista-filósofo, el omnisciente, lo concreta en disertaciones de ética. En los tiempos venales de la decadencia greco-latina, cuando el hombre, descreído ya y sin frenos de ideal, luchaba por satisfacer de cualquier modo su egoísmo, el humanista-abogado lo proyecta en demostraciones jurídicas. En los tiempos escolásticos en que el ideal del Cristianismo imponía la mística dualidad de la Iglesia y el Imperio, en la era de San Agustín y Santo Tomás, el humanista-asceta describía su Cosmos en tratados de teología. En los tiempos del Humanismo del Renacimiento en que el intelecto germano bregaba por independizarse de la teología de Roma, el humanista-panteísta lo desarrolla en metafísica. Y en los tiempos

en que el hombre, hartado ya de privilegios de casta, buscaba el pleno reconocimiento de sus derechos de hombre, el Neohumanismo de la Revolución francesa plantea sus doctrinas, á la inglesa, en concepciones de política... Hoy las religiones, el derecho, la teología cristiana, la metafísica y la política han conquistado sus fueros y forman los eslabones de la gran cadena de ideas del pasado... En el futuro, ¿en qué especialidad ideológica circunscribirá el humanista inspirado por los viejos y siempre nuevos ideales de felicidad y de progreso, el concepto de su Cosmos?...

¿En la historia? La historia presenta *datos*, pero no se constituye en doctrina moral. ¿La economía? Idénticamente, la economía presenta *datos*, y aun teorías económicas, pero no destila la doctrina moral que investiga el humanista. ¿La sociología? La sociología, en concreto, es la historia y la economía; en abstracto, la política. A veces, modela la educación... ¿La educación! He ahí el mejor campo de maniobras y el campo de batalla del humanista contemporáneo... Todas las especulaciones biológicas, psicológicas, sociológicas, deben aplicarse, hoy, por hoy, en ese terreno feracísimo, así como convergen las aguas de la vertiente Nordeste del Africa en el valle del Nilo...

Sostiene el profeta Tolstoi que atravesamos una época de expectativa; que á las sociedades mo-

dernas les conviene pensar, aprender y aguardar prudentemente antes de decidirse por tal ó cual rumbo. Así un viajero que llega á la intersección de dos, de tres, de muchos caminos que se encuentran en un punto, y no sabe cuál de sus polifurcaciones le conviene seguir para llegar á su término, debe sentarse allá sobre una piedra á meditar, hasta que llegue algo que lo oriente...

Hoy por hoy, las sociedades, inmóviles, aprenden á orientarse. Esta es la característica de nuestra época. *Educarnos*, ilustrarnos, orientarnos, es el *modus operandi* de nuestro intelecto contemporáneo. No se trata ya de convulsiones religiosas, ni de improvisar dogmas políticos... Se trata de esperar, de analizar, de medir, de pesar, de estudiar... ¡de *educarnos*! Estacionarios no os quedaréis ¡oh hombres! por las leyes evolutivas de vuestro organismo; pero ¿cuál es el sistema económico-político-moral que mejor conviene al porvenir de nuestra raza, á su felicidad, á su progreso? Esta es la incógnita, y ya no admite, como antaño, héroes que la despejen por divina inspiración. Experimentada y envejecida, la humanidad no quiere improvisar nuevos hábitos, sino después de haber medido y pesado largamente si los cambios son buenos y hacederos... Aun convencida, esperará que las necesidades impongan las variaciones... En vano se agitan algunos anarquistas energúmenos: sus casos perturbadores son aisla-

dos. En los mismos Congresos del socialismo científico se ha llegado á declarar que el socialismo triunfará, no por revolución sangrienta, sino pacíficamente, *por evolución* de ideas y costumbres... De hecho, pues, así en la práctica como en la ideología, la política ha permanecido desde la Revolución francesa, estacionaria. Se espera algo grande, fundamental; pero ¿qué? ¿para cuándo?

Por otra parte, la historia demuestra que los más radicales cambios de sistemas religiosos y políticos no modifican, sino leve, parcial y paulatinamente, las condiciones de la vida humana. A Brahma ha sucedido Budha, á Budha las teocracias orientales, las Repúblicas y el Imperio, el Cristianismo, luego la Reforma, luego la Revolución francesa... Y ¿en qué forma han mejorado todos esos vuelcos político morales la vida del hombre? A las castas reemplazó la esclavitud y el patriciado; á la esclavitud y el patriciado, el feudalismo; al feudalismo, el espiritualismo... ¡La opresión de los poderosos! ¡Siempre la opresión de los poderosos! Y sin embargo, cada uno de esos sistemas se ha proclamado, al iniciarse, como panacea de todas las miserias humanas... ¿Somos más felices ahora que antes? Acaso... ¡y seguramente más desconfiados! Proletarios, pensadores, y aun burgueses, para provocar la substitución del actual régimen económico, quieren dos cosas previas: una cuasi-certidumbre que demuestre la

conveniencia de la innovación, una cuasi-fatalidad que la imponga. Para que lleguemos á la relativa certeza de que conviene ó no cambiar los papeles de la comedia humana, necesitamos instruirnos, educarnos, espaciar nuestro pensamiento. Para que la fatalidad impusiera las reformas civilizadoras, es indispensable que los hombres la impongan, y para que los hombres la impongan, que los hombres se eduquen. Estamos en una época de educación social. En nuestro siglo, gobernar es difundir y mejorar la educación. Gobernar es educar.

El «Contrato Social» y sus símiles, tratados de política, modelaron la Revolución francesa; la evolución universal del presente y del futuro es modelada por la educación de los hombres; la educación, por las concepciones de los humanistas. He ahí por qué he concretado yo mi Cosmos al iniciar mis estudios humanísticos en un tratado de Educación; por qué he expuesto los lineamientos generales de todas mis ideas sobre moral, política, historia, economía, psicología, lógica, sociología... bajo un punto de vista educativo. La Verdad moral es una inmensa montaña, y el humanista, un viajero que debe describirla; la mayor dificultad del viajero consiste en saber cuáles rutas le son accesibles y de qué punto de mira dominará mejor el panorama. Este punto de mira es hoy la educación.

Pasaron ya los tiempos antiguos en que sólo se mejoraba la condición de los pueblos en un cambio de religión, que involucraba innovaciones morales y políticas, como sus consecuencias. Pasaron ya también los tiempos modernos, en que sólo se mejoraba la condición de los pueblos en un cambio de régimen político, que involucraba innovaciones económicas. En los tiempos contemporáneos ha triunfado la democracia, el poder individual de cada hombre. El resultado de este régimen político es la igualdad de los ciudadanos, en derechos y en deberes. El efecto de la igualdad, es la generalización de la educación por todos para todos. Sólo la cultura, la educación, iguala á los hombres hasta donde lo permitan las humanas desigualdades. De ahí que el espíritu de la época se pueda sintetizar en estas dos fórmulas: *Democracia = Igualdad = Educación*; *Progreso contemporáneo = Riqueza = Educación*.

El problema es el mismo de siempre: *mejorar el hombre*. Pero este problema debe adaptarse al color de la época. Así una familia animal extendida por toda la tierra, adopta en cada región un matiz exterior que armonice con su ambiente; el oso es negro en selvas oscuras y húmedas, pardo en regiones montañosas y blanco entre las nieves...

Apliquemos ahora el postulado de la idea-fuerza social expuesto en el capítulo IX á la educación. Hemos visto que «la sociedad no es una suma, sino el producto de sus hombres», y que «los hombres no son sumandos, sino factores»...

Supongamos que la educación deja, en una *serie social* de individuos, unos residuos positivos que llamaremos $x_1, x_2, x_3, x_4, x_5...$ El progreso social no será equivalente á $x_1 + x_2 + x_3 + x_4 + x_5 + ...$, sino á $x_1 \times x_2 \times x_3 \times x_4 \times x_5 \times ...$ Luego si llamamos I al conjunto de los individuos, y siempre $x_1, x_2, x_3, x_4, x_5...$ al sedimento que agrega á cada uno la educación recibida, llegamos á establecer que es *falsa* la ecuación siguiente:

$$I + x_1 + x_2 + x_3 + x_4 + x_5 + ... = \frac{\text{Progreso social}}{I}$$

Pero es *exacta* esta otra:

$$I \times x_1 \times x_2 \times x_3 \times x_4 \times x_5 \times ... = \frac{\text{Progreso social}}{I}$$

Por lo tanto, en educación ó, mejor dicho en la *economía* de la educación, tiene ese axioma la aplicación siguiente: *al aumentarse el valor positivo de una profesión ó gremio, aumentanse indirectamente los valores de las demás profesiones ó gremios*. Si el resultado de una operación matemática es una simple suma, al elevarse el valor de un sumando se eleva la suma, pero *no* la de los demás sumandos, que siempre se consideran aisladamente, cada uno encastillado en sí mismo. En un producto, al elevar el valor de un factor, se eleva el de cada factor adyacente; y todos pueden considerarse adyacentes, porque «el orden de los factores no altera el producto».

Llamemos H á un gremio cualquiera, de humanistas, por ejemplo; y M otro gremio, verbi-

gracia, de manufactureros. Ambos unidos dan, para la sociedad, un resultado de $H \times M$. Supóngase 100 el valor positivo de H y 5 el de M:

$$H \cdot M = 100 \times 5.$$

Si la instrucción pública eleva hasta 200 el valor positivo de H, industriales y humanistas unidos *no* dan una suma de

$$H \times M = 200 + 5 = 205 = \frac{\text{Progreso social}}{H \cdot M}$$

Dan un *producto* de

$$H \cdot M = 200 \times 5 = 1.000 = \frac{\text{Progreso social}}{H \cdot M}$$

Esta es la verdadera ecuación. Es decir, al valorizarse el individuo ó gremio H, se valoriza también el individuo ó gremio M, y viceversa, porque cada cual no procede aislado á la manera de los sumandos, sino adjunta y *recíprocamente*, al modo de los multiplicandos. Entonces el valor de M no es 100 M, sino 200 M.

En consecuencia, y como corolario: al perfeccionar el estado parcialmente una rama cualquiera de la instrucción pública, perfecciona su total funcionamiento, ó sea, de una manera indirecta *la perfecciona toda*.

CAPÍTULO XXI

Lo Incognoscible.

La única noción nueva que parece haber fijado para siempre el positivismo en la filosofía, es lo que Spencer llamó «lo Incognoscible», aquéllo cuya realidad podrá concebir pero nunca explicar el espíritu humano... Los filósofos anteriores no se habían atrevido á reconocer categórica y definitivamente que hay *algo* que el hombre imagina pero no comprenderá jamás; los teólogos lo hubieran declarado tal vez, á no haber confiado tanto en el poder de la Revelación.

Los idealistas del pasado, y aun los del presente, son afectos á considerar lo Incognoscible como un abismo de donde pueden sacar *a piacere* toda clase de ideas fundamentales... De ahí toman, como quien recuperara lo suyo propio, nada menos que nociones como la existencia de un Dios de bondad, la inmortalidad del alma, la supremacía del alma sobre el cuerpo, la libertad, el bien absoluto, el castigo y la recompensa *post mortem*... Esto, que carece de la prudencia de la edad de la razón, tiene toda la deliciosa poesía de la infancia. Lo Incognoscible es entonces, para el pensador infantil, un Padre inconmensurable que lo pro-